

El doctor Rafael Lucio y las artes*

JUAN SOMOLINOS-PALENCIA‡

Hablaremos en esta ocasión del doctor Rafael Lucio, el distinguido médico cuyo nombre es familiar para todos, el que todavía estudiante del Establecimiento de Ciencias Médicas obtuvo por oposición una plaza de medicina operatoria y, apenas recibido, fue nombrado director del Hospital de San Lázaro, donde precisamente realizó los estudios sobre lepra que le dieron fama.¹

Nos ocuparemos de esta particular figura médica mexicana, pero no en lo relativo a su actividad médica. Lo haremos como especialista y conocedor de arte: Rafael Lucio fue un amante de la belleza y un entusiasta por la pintura y la escultura.

No es posible apartar la competencia médica del gusto por las artes. El ejercicio de la medicina y el de la pintura se han combinado muchas veces, ya que ambas disciplinas son actividad creadora.

Las labores creativas del científico no difieren substancialmente de las del artista; aunque es verdad que la creatividad del médico se inhibe durante su etapa de enseñanza universitaria y tiene que transcurrir algún tiempo antes de que recupere su sentido

creador, pues en ocasiones la educación médica carece de la preparación adecuada que origina en el estudiante un pensamiento fecundo y autónomo. También es verdad que en todo ser creador predomina el sentido de la belleza; los hombres creadores son estetas en esencia, pero la debilidad mayor del médico artista es percibir con facilidad la sensación afectiva que le producen sus contactos profesionales. Por eso encontramos médicos que plasman en sus pinturas los ambientes hospitalarios o captan en sus dibujos las expresiones dolorosas de personajes enfermos o las visiones que caben dentro de la medicina, pero la inquietud por el arte persevera, aunque quede relegada a un segundo plano, pues el médico, irremisiblemente, debe dedicarse en pleno a sus enfermos. En efecto, muchos médicos artistas guardan enraizada en su creación un sentido de desviación de la normalidad; el secreto sería encontrar un pintor genial que por casualidad fuese médico, pero la realidad es otra.

Rafael Lucio cultivó su espíritu inquieto con la sensibilidad de médico, y no tuvo el tiempo necesario para expresar y satisfacer su vocación artística; recurrió al coleccionismo y a la crítica de arte como medio para compensar esta frustración. Sus contemporáneos lo juzgaron como un buen conocedor del arte. Su colección artística privada se consideró como la más valiosa que existía en México.

* Presentado en la sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina, celebrada el 24 de octubre de 1979.
‡ Académico numerario. Oficina de Bibliotecas y Divulgación Médicas. Jefatura de los Servicios de Enseñanza e Investigación. Instituto Mexicano del Seguro Social

Manuel Domínguez dijo de Lucio: "de genio artístico y hábil apreciador de las obras de arte...";² a lo que Francisco Patiño añadió: "Allá, en el seno de su hogar, el sabio desaparecía para ser reemplazado por el artista; en medio de su respetable familia se entregaba a proteger el estudio artístico; poseía las mejores pinturas y esculturas porque era afecto a todo lo magnífico. Las bellas artes, en su conjunto, formaban su ideal, efecto natural y lógico de la bondad y dulzura de sus sentimientos, de la elevación de sus ideas y de su genio progresista..."³

Adrián de Garay también comentó: "Las bellas artes le cautivan tanto como los goces intelectuales; buen conocedor del verdadero mérito y dotado de un exquisito buen gusto, ha hecho de su casa un verdadero museo de numerosos objetos curiosos e importantes, muchos de los cuales, sobre todo magníficas pinturas, algunas de ellas obra de sus inteligentes hijas, han ocupado un lugar distinguido en las exposiciones de la Academia Nacional de San Carlos."⁴

Rafael Lucio vivió tiempos difíciles; hubo de seguir con dignidad el camino trazado por sus maestros Carpio, Escobedo y Jecker. Le tocó un México independiente donde había que superar el medio educativo. Fueron épocas de conflicto espiritual, donde algunas personalidades de ideas avanzadas se inclinaron hacia la ideología francesa; eran los momentos en que México se incorporó al movimiento romántico. Lucio tomó parte en las dos grandes creaciones de la medicina mexicana durante aquel romanticismo tardío; estudió en el Establecimiento de Ciencias Médicas y perteneció a la primera Academia de Medicina. Ambas participaciones expresan el carácter de un médico influido por el romanticismo,⁵ pero tal vez gran parte de su interés por las artes, se debió a la sensibilidad imbuida por su padrastro, el doctor Manuel Salas, quien tuvo gran empeño en perfeccionar su educación y procuró enviarlo a centros donde obtuviese una buena cultura general. Las ideas románticas de Lucio se manifestaron al demostrar en sus escritos la búsqueda de la autenticidad, como si su inquietud hiciera crisis y al final buscara recrear la creación como esparcimiento.

Rafael Lucio fue un filántropo perfecto; entró en el *dilettantismo* de su época con un sentido artístico bien implantado. No fue el médico que con medios económicos trató de adquirir un nivel cultural suficiente para hacer extravagancias; tampoco fue el sentimentaloides con actitud de apóstol que cobra su trabajo de manera egoísta, pensando en sí mismo como un benefactor o un contribuyente de la caridad; no fue un médico que incluyese toda su idea progresista en la ciencia. Lucio demostró ser progresista tanto en la ciencia como en el arte; mezcló las dos disciplinas. Es indudable que los dos viajes hechos a Europa en 1855 y 1868 le permitieron co-

nocer el progreso artístico de entonces; Lucio se puso en contacto directo con el movimiento romántico y al descubrir a los autores europeos, se dio cuenta de los valores que había en México.

El primer catálogo que se publicó acerca de los pintores del México colonial se debió a Rafael Lucio.⁶ Su *Reseña histórica de la pintura mexicana en los siglos XVII y XVIII* apareció por primera vez en 1863, en el Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (fig. 2). Un año después se editó en folleto aislado y en 1889 se hizo una tercera edición (fig. 3). Se ha querido disminuir la importancia de este ensayo; sin embargo, seguirá siendo el primer catálogo impreso de pintura mexicana.⁷

Verdad es que tres años antes (1860-1861), José Bernardo Couto (fig. 4) había escrito su *Diálogo sobre la historia de la pintura en México*, que fue su última obra, pero no fue hecha pública hasta 1872, diez años después de muerto su autor.^{8,9} La obra de Bernardo Couto es más detallada y profunda en sus juicios, pero lo importante es hacer notar la relación que existió entre Rafael Lucio y Bernardo Couto. Rafael Lucio en varias ocasiones menciona y consulta por su experiencia a Bernardo Couto; es curioso que los primeros en mostrar interés por difundir el análisis de la pintura mexicana fuesen un médico y un abogado.

El doctor Lucio y el licenciado Couto fueron contemporáneos. En 1852 Bernardo Couto sucedió a Javier Echeverría como director en la Academia de San Carlos y continuó la obra de este último al renovar y aumentar la corporación. Desde 1855 a 1858 formó la colección de pintura colonial que integró con cuadros de los pintores que aparecen en su propio *Diálogo sobre la historia de la pintura en México*. Así pues, Couto propició en la Academia un florecimiento que nunca antes había tenido y, como su buena administración le hizo tener una economía limpia, tanto que era la única institución oficial rica, provocó la codicia de los diferentes regímenes que dominaban entonces al país. Couto advirtió este fenómeno y gastó el dinero en renovar materialmente en todos sentidos a la Academia de San Carlos. A él se debieron las galerías de pintura, escultura y grabado, la galería de pintura colonial y su empeño en contratar maestros europeos de alguna fama.

Mientras tanto, Rafael Lucio, absorbido por su trabajo profesional, se dedicaba a examinar la pintura, como entretenimiento más que como obligación. Rafael Lucio coincidió con la tarea de Couto y también con Javier Echeverría cuando se organizó la Academia y dividió el trabajo de la institución en pintura, escultura y grabado; sin embargo, a pesar de estas mejoras, Lucio se quejaba de la numerosa pérdida de pinturas que había en las iglesias y en la misma Academia; se lamentaba que esta última no se preocupase por salvar dicho tesoro, por ello, él

RESEÑA HISTÓRICA DE LA PINTURA MEXICANA

EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII.

POR EL SR. D. RAFAEL LUCIO.

Veamos ahora de compararla y apreciarla, D. Rafael Lucio era un hombre de un espíritu de su tiempo, suelta sobre la pintura mexicana en los siglos XVII y XVIII; nos parece que consideramos en el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, como el representante del autor, y habiendo un servicio de la Sociedad sobre la fecha publicación que con mucho gusto leemos, y que nos parece será con el tiempo, todo por nuestros conocimientos y por el público.

Las pinturas mexicanas anteriores a la conquista hechas por los Aztecas y otros antiguos pobladores de México; y por las obras, bajo el punto de vista artístico, no ofrecen interés, por grande que sea, ni que inspiren bajo otros aspectos.

Los habitantes de México, como los de las naciones indígenas, se limitaban a representar los objetos, de modo que fueran reconocibles, y con esos quedaban satisfechos; el arte no tenía importancia para ellos; así es que en sus pinturas no se ven dibujo, ni claro oscuro, ni color, ni expresión, ni perspectiva, ni nada de

lo que debe tener una pintura, para ser apreciada por su mérito artístico.

Después de la conquista, y durante a principios del siglo XVI, se ha observado que había habido muchos pintores, pero muchos imperfectos. En efecto, los cuadros de devoción que venían de Europa, no debían haber sido pintados para satisfacer las necesidades que la verdad religiosa tenía de dar culto a los santos representados por medio de la pintura y escultura; en de escenas, que los primeros pintores debían haber representado algunas escenas del país, aunque fuesen imperfectas, para dar las imágenes necesarias para el culto.

D. José Ibarra dice, que en el siglo XVI el pintor europeo Alonso Vázquez, que trabajó en México, que se dio Juan de la Cruz y otros; y el Sr. D. Fernando Tamayo no ha proporcionado la siguiente noticia, que encontró en la descripción de las colecciones con que la Universidad de México, el año de 1688, el recuerdo de la Oración de la capilla, dice: en el convento de San Agustín, en una del arcángel, San Miguel... y la otra de la elegante y virgen Santa Catalina Mártir... del convento de...

Fig. 2. Primera edición de la *Reseña Histórica* de Rafael Lucio, publicada en el Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

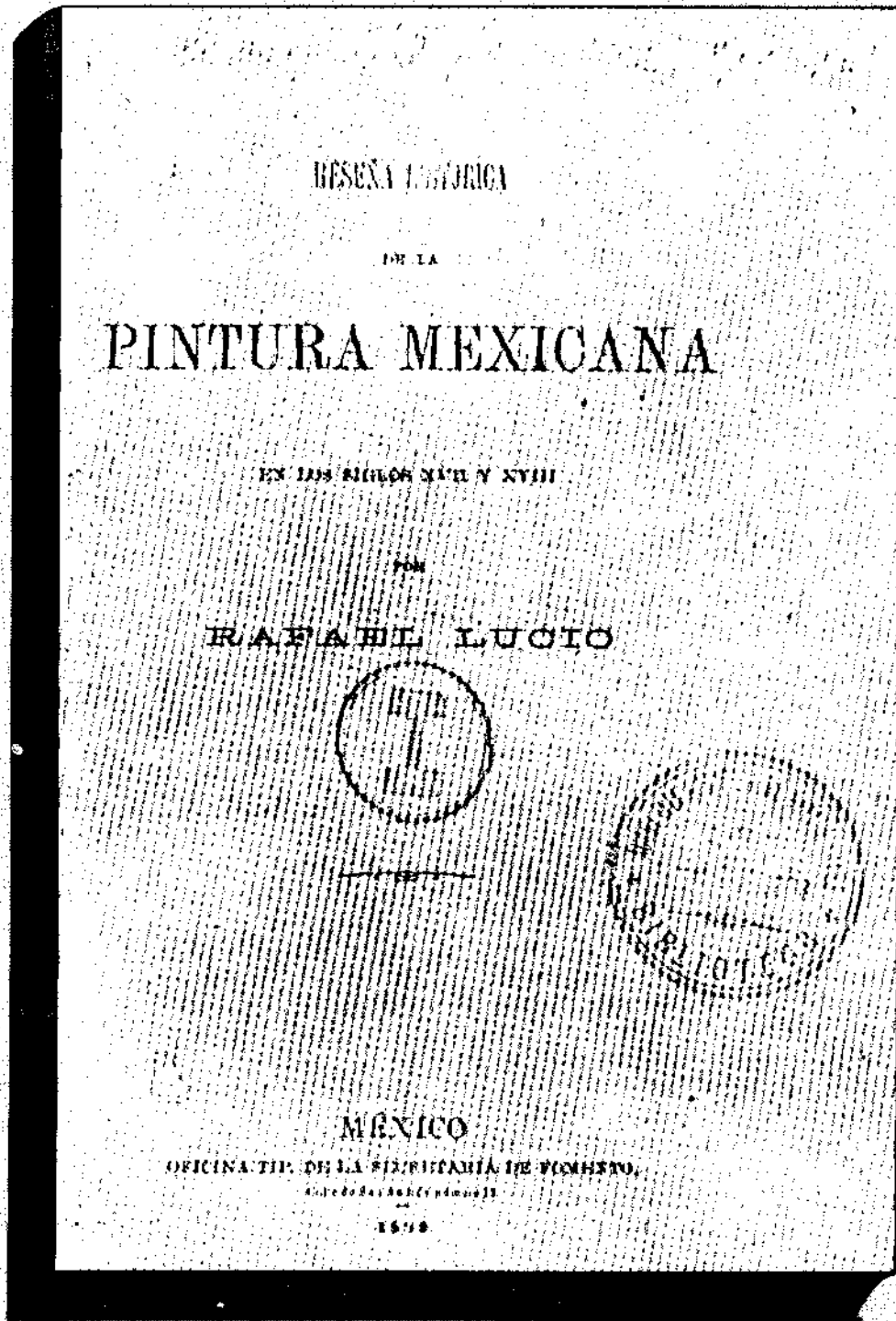


Fig. 3. Tercera edición de la *Reseña Histórica* de Rafael Lucio.



Fig. 4. El licenciado José Bernardo Couto.

y otros dilettantes de la pintura se dedicaron a estudiar el depósito general de cuadros existentes en el convento de La Encarnación. Con el análisis de dos mil obras, Lucio realizó una clasificación, a la que añadió sus puntos de vista críticos y publicó a manera de boletín. La relación de pintores que nos dejó el doctor Lucio demuestra un esfuerzo y un gran interés por el arte, pues aunque su reseña es limitada y con poca documentación histórica, debemos pensar que fue hecha en el momento en que nuestro país se reorganizaba y las obras de arte se encontraban dispersas o perdidas. Un verdadero esfuerzo tuvo que hacer el doctor Lucio para reunir los nombres que anota en su catálogo y muchos cuadros hubo de observar para hacer un juicio claro de cada uno de los artistas, pues nos afirma en su ensayo: "cuando se conoce el estilo propio de un pintor y su manejo de pincel, ésta es una guía casi segura para no equivocarse, sobre todo cuando se tienen otras obras ya conocidas de los cuales se puede hacer un estudio comparativo, que conducirá a consecuencias sumamente probables y aún casi seguras". Con esta frase define su posición y demuestra ser muy nombrado en sus apreciaciones.

Para Rafael Lucio eran más importantes los resultados morales e intelectuales que la propia belleza del arte.¹⁹ Como buen científico, desea que la pin-

tura tenga un orden y un método; y para justificar su reseña escribió: "Esta empresa es difícil, mis apreciaciones pueden ser inexactas, pero no llevo más objeto que consignar los pocos datos que he recogido para que no se pierdan, y excitar a algunos artistas y aficionados más capaces que yo a que fijen su atención sobre esta materia y publiquen sus observaciones, pues todavía hoy existen cuadros que desaparecerán pronto y, cuando ellos falten, será imposible formar juicios sobre la pintura mexicana de esta época, y quedará un vacío en la historia del arte nacional que sería de lamentarse". En su gran interés por la pintura, siempre pugnó porque las obras coloniales fuesen clasificadas. Lucio añadió: "Yo desearía que estas pocas obras (refiriéndose a unas obras que Bernardo Couto adquirió para la nueva galería colonial de la Academia de San Carlos) se clasificaran y se tratara de designar a los autores de todas ellas, cosa que si hoy presenta algunas dificultades, con el tiempo será imposible.

En la *Reseña histórica de la pintura mexicana*, Rafael Lucio habla de la existencia de pinturas mexicanas anteriores a la Conquista, hechas por aztecas y otros antiguos pobladores de México. Se refiere a ella diciendo que "se limitaban a representar los objetos de modo de sólo fueran reconocibles".

Dice Lucio: "El arte en esa época no tenía una importancia para ellos, así se explica que en sus pinturas no hay buen dibujo claro-oscuro, ni color, ni expresión, ni perspectiva, ni nada de lo que debe tener una pintura para ser apreciada desde su punto de vista artístico".

Lucio no aceptó la pintura sin reglas académicas; vio en ella inmadurez y tendencias poco definidas; todo su interés lo vuela en los artistas de la colonia y sobre todo en la pintura religiosa.

En su reseña nos explica que después de la conquista, llevada al cabo a principios del siglo XVI, existían pinturas más o menos imperfectas, ya que los cuadros que venían de Europa eran dedicados puramente a la devoción; así pues, es de creerse que los primeros religiosos debieron haber enseñado a los habitantes del país, aunque fuese imperfectamente, a pintar únicamente las imágenes necesarias para el culto.

Hablando de los siglos XVI y XVII, Lucio se refirió al pintor Alonso Vázquez y lo relacionó con el artista mexicano Juan de Rúa. Sabemos que Alonso Vázquez, de origen sevillano, trabajó en México durante los primeros 25 años del siglo XVII. Al llegar a este país se asoció con varios artistas, entre los que figuraba Juan de Rúa, natural de Colima y que desde hacía 35 ó 40 años, había producido una extensa obra, repartida hoy por Puebla, Oaxaca y la ciudad de México. Hasta su muerte, Alonso Vázquez ejerció mucha influencia; se le ha criticado y se le sitúa como un representante del barroco, aunque dice Toussaint: "en él se mezclan la pintura de Ba-

rocio, la escultura de Bernini y los modelos de la escuela sevillana”.

Lucio tuvo particular interés en la pintura europea venida a México y sus favoritos fueron siempre pintores extranjeros, en especial españoles, que al llegar a México influyeron con sus enseñanzas. Un pintor que Lucio menciona con aprecio es Baltazar de Echave Orio (el Viejo). Se refiere a él como el de mayor mérito y fundador de la escuela de pintura mexicana. También menciona a Luis Juárez; sin embargo, no le concedió importancia especial y unió su nombre a Sebastián Arteaga, Diego Borgraf, Nicolás Becerra, Pedro Ramírez y otros.¹¹ Lucio aclara en su texto que existió una segunda generación de Echaves; sin duda se trató de Baltazar Echave Rojas, al que Lucio denominó “el Mozo”, pero nos queda la duda si el aludido será Baltazar Echave Ibia (el de los Azules).¹²

Al tratar el siglo XVIII, Rafael Lucio nombró, entre otros, a José Ibarra, discípulo de Miguel Cabrera y ante este último detuvo su observación, pues lo consideró el mejor de ese siglo. Dijo de él: “pintor fecundo, de mucha imaginación, produjo las colecciones más vastas que se hayan hecho en México hasta entonces”.¹³

Al término de su clasificación y sus comentarios críticos, el doctor Lucio nos dice: “estos son los pintores de los siglos últimos que me han parecido dignos de mencionar; hay otros, pero de un mérito tan inferior que no he creído deber detenerme en mencionar sus obras”.

Hasta aquí nuestro ensayo. De momento nos limitamos a ciertas muestras, pues el análisis de la reseña de Lucio requiere de mayor espacio y tiempo, pero al examinar estos ejemplos hemos querido demostrar el fenómeno de fecundación de la medicina por el arte y de aquí recordar que los trabajos de investigación pura no deben cerrar el paso a las incursiones de la creación, en especial de la creación artística. Las obras sin estilo son un cúmulo de notas áridas que limitan la imaginación futura. Rafael Lucio tuvo ocasión de demostrarlo: ¡abrió brecha en el muro!

NOTAS

1. Lucio Nájera. Rafael (1819-1886). Médico. Nació en Jalapa, Veracruz. Después de estudiar en San Luis Potosí, vino en 1838 a la ciudad de México, ingresando en el Establecimiento de Ciencias Médicas. En 1841, todavía estudiante, gana por oposición la plaza de ejercicios prácticos de Medicina Operatoria. En 1842 obtuvo su título y apenas recibido fue nombrado director del Hospital de San Lázaro, cargo que desempeñó durante 17 años. En 1845 fue nombrado profesor adjunto de la Escuela de Medicina; en 1847 ocupó la cátedra de Medicina Legal y en 1851, tras brillante oposición, ganó la cátedra de Patología Interna. En 1855 viajó por Europa, visitando las clínicas y hospitales de Francia, donde obtuvo considerables conocimientos quirúrgicos. Formó parte del grupo de mé-

dicos que en 1864 fundaron la actual Academia Nacional de Medicina. Presidente de la misma Academia en 1869 y 1880. Director de la Escuela de Medicina en 1873 y en 1885. Entre sus trabajos científicos debe mencionarse el *Opúsculo sobre el mal de San Lázaro o elefantiasis de los griegos* (México, 1851), escrito en colaboración con el doctor Ignacio Alvarado, donde por primera vez se describe la forma de lepra “manchada”, que había pasado inadvertida para los autores anteriores.

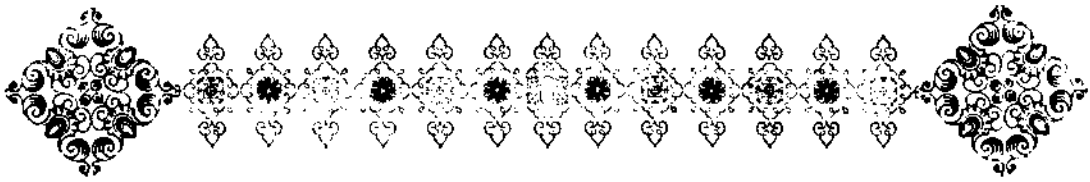
2. Manuel Domínguez. (Por la Academia de Medicina). Velada fúnebre en memoria del doctor Rafael Lucio. GACETA MÉDICA DE MÉXICO. Tomo XXI, Núm. 18. México, 15 de septiembre de 1886. pp. 397-420.
3. Francisco Patiño. (Por la Sociedad de Farmacia). Velada fúnebre en memoria del doctor Rafael Lucio. GACETA MÉDICA DE MÉXICO. Tomo XXI, Núm. 18. México, 15 de septiembre de 1886. pp. 397-420.
4. Caray, Adrián: *El doctor Lucio. Apuntes biográficos*. La Escuela de Medicina. Tomo VII, Núm. 15. México, 1 de abril de 1886. pp. 203-207.
Caray, Adrián: *¡Rafael Lucio! La Escuela de Medicina*. Tomo VII, Núm. 17. México. 1 de junio de 1886. pp. 261-263.
5. Lucio vivió la época de transición entre el romanticismo y el positivismo; sus ideas clínicas se basaron en la observación, pero siempre se inclinó hacia lo experimental, sin poder concretar los hallazgos por la limitada tecnología de su época. Lucio concibió una medicina de manera científico-natural, con bases anatómicas, influencias claras de su educación en Francia.
6. Lucio, Rafael: *Reseña histórica de la pintura mexicana en los siglos XVII y XVIII*. Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. México, 1863. pp. 253-61.
Ídem. F. Abadiano, Editor. México, 1864.
Ídem. Ofna. Tip. Sría. de Fomento. México, 1889.
7. Toussaint, Manuel: *Prólogo-diálogo sobre la historia de la pintura en México*. Ed. Fondo de Cultura Económica. Col. Biblioteca Americana. México, 1947. pp. 10-11.
8. Couto, José Bernardo (1803-1862). Nació en la ciudad de Orizaba, Veracruz; murió en la ciudad de México. Cursó humanidades y jurisprudencia en San Ildefonso de México, donde obtuvo el título de abogado en 1827. Pasante del licenciado José María Torres Cataño, relator de la Audiencia; ejerció al lado del doctor José María Luis Mera; miembro de la legislatura veracruzana en 1828; Consejero de Estado en 1842 y Ministro de Justicia en 1845 (14 agosto - 19 octubre). Comisionado para entablar las negociaciones de paz en 1847, obtuvo para México todas las ventajas posibles. Retirado de la vida privada, vivió de su profesión. Presidente de la Junta Directiva de la Academia de San Carlos, mejoró el plantel, ordenó las galerías de pintura de la antigua escuela mexicana, y organizó los cursos de pintura, escultura, arquitectura y grabado.
9. Couto, José Bernardo: *Diálogo sobre la historia de la pintura en México*. Escalante. México, 1872.
10. Discurso del doctor Rafael Lucio en la Escuela de Medicina, al quedar instalada la estatua de San Lucas, realizada por el artista Martín Soriano. La Sociedad, Vol. 6 Núm. 1041 (2a. época). 8 de noviembre de 1860.
11. De Sebastián López de Arteaga se ha discutido mucho y todos concuerdan en su semejanza con Echave Orio y Luis Juárez; se le ha comparado con Zurbarán, pero su obra está dispersa y es escasa. Se conocen con seguridad los retratos de 16 inquisidores y cuatro o cinco cuadros de motivos religiosos. Lucio lo menciona por pertenecer al grupo de pintores del siglo XVII; también

nos recuerda la obra de Diego Borgraf, originario de Amberes, que se trasladó a Puebla en los años de 1652 y se especializó por ser un gran dibujante, recordando su obra a los maestros de Flandes. Lucio incluyó entre los pintores del siglo XVII a Nicolás Becerra y Pedro Ramírez, de los cuales se desconoce su vida. Se ha dicho que en Pedro Ramírez hay una influencia indudable de Rubens.

12. Dice Lucio: "hubo otro Echave y dicen era hijo y le llamaban 'el Mozo'". El Echave conocido como

"el Mozo" no fue hijo sino nieto de Baltasar de Echave Orio (el Viejo).

13. De Miguel Cabrera se conservan un buen número de obras, lo que le ha permitido mayor trascendencia y aunque no se considera un artista de técnica depurada, sí se le recuerda como un pintor de fama en su época, por haber retratado a personalidades y colaborado con la decoración de varios templos, entre ellos la Catedral Metropolitana.



Emotiva ceremonia en el homenaje del Instituto Cultural Domecq al Dr. Ignacio Chávez en el 1er. aniversario de su fallecimiento



Grandes personalidades acudieron al homenaje; al centro de la gráfica el Dr. Don Gustavo Baz.

El Instituto Cultural Domecq, A. C., promotor de los valores de la cultura, la ciencia, la técnica y la educación en México, recordó la vida y obra del que fuera su socio de honor número uno, el Dr. Ignacio Chávez.

La ceremonia se llevó a cabo en el auditorio del Instituto Nacional de Cardiología, presidiendo la ceremonia el Dr. Jorge Soni, Director de este Instituto, el Dr. Guillermo Soberón, Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, Don Pedro Laín Entralgo, Ex-Rector de la Universidad de Madrid, Don Antonio Armendáriz, Presidente del Instituto Cultural Domecq, el Dr. Carlos Campillo Sainz, Presidente de la Academia Nacional de Medicina, el Dr. Gustavo Baz, Ex-Secretario de Salubridad cuando este Instituto fue fundado, el Dr. Bernardo Sepúlveda, el Lic. Gabino Fraga, el Dr. Octavio Rivero, Director de la Facultad de Medicina de la UNAM, Don Carlos Prieto, Patrono del Instituto Nacional de Cardiología, entre otras personalidades.

El doctor Jorge Soni, Director del Instituto Nacional de Cardiología, en la apertura del acto dijo: "Sentimos muchísimo la falta de su presencia física, pero lo tenemos presente en la alegría que lo caracterizaba y que sabía infundir en todos. Del Maestro Chávez existe una enorme cantidad de testimonios en los distintos campos de la educación, el humanismo y la ciencia.

Su obra continúa creciendo conforme pasa el tiempo y así perdurará".

El doctor Don Pedro Laín Entralgo, ex-Rector magnífico de la Universidad de Madrid, señaló: "Puedo y quiero hablar si no en nombre del saber técnico cardiológico, puedo hablar en cambio de lo que ante este Instituto es respuesta, la vida del Maestro Chávez con el lema que hoy ostenta el Instituto y que es la bien pensada sentencia latina: Sirvan al corazón amor y ciencia".

A continuación, el doctor Don Guillermo Soberón, Rector de la Universidad Autónoma de México, cargo que alguna vez ocupara el Dr. Chávez, dijo:

"No debe extrañarnos que el corazón fuera el centro de preocupación del Dr. Chávez" y después agregó: "Ignacio Chávez dedicó a México todos sus esfuerzos y aquí luchó por una medicina más rigurosa, más exacta, más metódica, pero también y por encima de todo, más humana. México era para Chávez, una manera de enfrentar al mundo, en la medicina encontró el vehículo para servir a una humanidad que necesitaba, necesita y necesitará de hombres como él, dispuestos a comprometerse con inteligencia, pasión y entrega en la tarea y a aliviar los dolores físicos y espirituales del hombre".

"El mejor homenaje a la memoria del Maestro Chávez será vivir con la congruencia, criterio y entre-

ga que lo hicieron ejemplo y lo hace nuestro. Por mi raza hablará el espíritu".

El acto contó con la presencia del Cuarteto Interamericano de cuerdas integrado por el primer violín Guillermo Olea, Silverio Fiestas, Sergio Morales y Erick Saldaña.

Y así finalizó la ceremonia en la que el Instituto Cultural Domecq, Institución que conoció todas aquellas obras en las que participó el Maestro Chávez, está dedicada a promover la cultura de México en México.



Dr. Jorge Soni, Director del Instituto Nacional de Cardiología "Ignacio Chávez" durante su alocución en la cual exaltó los valores morales del maestro Chávez.